

PIRATAS Y BANDOLEROS: HACE 3.000 AÑOS



MANUEL BRICEÑO JAUREGUI. S. J.

Secuestros, abigeatos, guerrillas, asaltos a mano armada son una vieja práctica, que viene de miles de años atrás...

Siendo joven Julio César, el futuro Capitán, viaja a la isla de Rodas para escuchar las lecciones del célebre retórico Molón. Quiere perfeccionar su oratoria para las próximas campañas de la vida. Cerca de un pequeño is-

lote cae prisionero de los piratas que con numerosos barcos y lanchas infestan el mar.

El joven no se muestra abatido por tal desgracia. Sonríe con ellos, les habla sin miedo, los trata como si fueran sus servidores. Ellos exigen por su rescate la suma de veinte talentos de oro (US \$ 19.000.00). César se muestra ofendido por haberle tasado tan barato. Y más bien les promete pagarles cincuenta (US \$ 48.000.00), pero les jura que se vengará y los clavará en el patíbulo.

Despacha a sus acompañantes para que en varios lugares recolecten a nombre suyo ese dinero. Entretanto los corsarios lo llevan a Cilicia donde está "la gente más sanguinaria del mundo", según expresión de un historiador antiguo. Allí espera César acompañado solo de un amigo y dos esclavos. Trata a todo el mundo con franqueza y autoridad, de modo que si se le antoja dormir a cualquier hora les ordena no hacer ruido, y le obedecen.

Pasan treinta y ocho días. El no ha hecho más que su real capricho. Se une a los juegos, deportes y ejercicios gimnásticos de sus guardianes, como si los filibusteros fueran sus guardaespaldas. En los ratos libres compone versos, escribe discursos, los recita, les insulta a la cara como iliteratos y bárbaros, y los vuelve a amenazar con que apenas quede libre se vengará. Por fin llega el rescate, lo paga, y sale del peligro. Pero al momento el joven César fleta unos barcos en el puerto de Mileto, vuelve en persecución de

los corsarios a quienes sorprende con la flota estacionada aún en la isla, los coge prisioneros, los crucifica, y recobra el dinero.

El tema, como se ve, es interesante. Nos ha de ocupar sabrosos ratos, quizás con el fruto de una experiencia antigua. Porque vamos a curiosear la vida de los viejos piratas de hace poco menos de treinta siglos, y a conocer su táctica por tierra y mares; a averiguar cómo es el negocio de secuestros y de esclavos; en qué fortalezas se refugian y quiénes los favorecen; y a preguntar cómo se rescatan los prisioneros; y cómo les hacen frente las Fuerzas Armadas, y tantas cosas más.

La piratería es una plaga endémica en el mar Mediterráneo antiguo. Existe desde antes de la invención de la escritura. La mayor parte de los pueblos ribereños practican ese **arte**. Los fenicios y los carios no tienen otra ocupación: el comercio y el pillaje de naves mercantes. Bajan repentinamente a las playas, arrebatan por la fuerza o con engaños a hombres, niños y mujeres, exigen un rescate, y si no se les paga los venden como esclavos en los mercados del Asia.

En los tiempos legendarios, lo mismo que en los de Homero —hace treinta centurias— y en épocas posteriores ese tráfico no se considera ilegal. Por el contrario, es lícito y honorable, con tal de que las víctimas sean extranjeros. Es un medio legítimo de subsistencia. La única condición es que esas flotas aventureras vengán a engrosar las del estado en caso de guerra. Al

desembarcar un marino se le suele preguntar “si es comerciante o pirata”. Los malhechores se llevan gente y ganado. Y existen reglas determinadas para la repartición del botín y de las utilidades, correspondiéndole a los jefes las mejores porciones!

El mar es la ruta principal del viejo mundo. Los navíos siguen de ordinario los mismos rumbos, casi siempre cercanos al litoral, expuestos a la observación de los corsarios.

Marco geográfico

Pero conozcamos de una vez el campo de operaciones. Una mirada al mapa es indispensable. Allí están. En esa inmensidad encajonada por las quebradas costas y múltiples recodos del sur de Europa, rocosos y estériles, incapaces de mantener poblaciones numerosas; y por la parte septentrional del Africa desierta. Y, cerrando los flancos, se ve España al occidente, mientras Palestina y las atormentadas playas multiformes del Asia Menor se recortan en el Levante.

Ese mar se denomina Mediterráneo que, como puede observarse, **une** y **separa** los países que lo rodean. El clima y vegetación es en todos parecido; el acceso de unos a otros, relativamente fácil.

Antaño, debido a las tormentas del **invierno**, queda casi desierto de octubre a abril. Mas los benéficos vientos del **verano**, con la clara visibilidad del cielo y la calma de las olas, atraen barcos y convoyes en todas direcciones. Las continuas islas, cabos y farallones se divisan deliciosamente definidas,



que sirven de referencia a los marinos, y también —¿por qué no?— a los que vigilan sus movimientos.

Galeras y lanchas

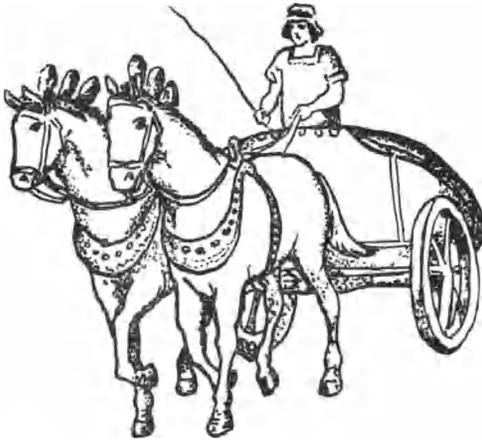
Porque los mercaderes de otrora son lentos y torpes. La falta de instrumentos para determinar la dirección y las distancias retarda el progreso de la navegación. Cuando los viajeros quieren o deben hacer una jornada, el camino más fácil es bordear las bahías y esteros de su país, mejor que por tierra, cuya esterilidad costanera les pone en peligro, junto con las barreras de los montes, los pocos ríos navegables, y la abundancia de cazadores, bandoleros y salteadores. Por eso al navegar no se alejan mucho del litoral.

Mas cuando los vientos cambian se ven mal de su grado echando atrás

para llegar de noche a los puertos. Y si cruzan el mar, el rumbo es siempre fijo por entre islas y canales conocidos. Poco, pues, se pueden ocultar sus movimientos y los barcos suelen ser pequeños, el velamen, equipo y aparejo deficientes.

Todavía, el bordear las costas no deja de tener sus riesgos, por los muchos promontorios de esos litorales, tanto que Teofrasto, un filósofo griego de hace veinticuatro siglos, se burla de un cobarde porque el pobre se imagina ver una galera pirata en cada saliente de la orilla. Aunque sí es posible que allí esté de veras escondida alguna...

Por su parte, los corsarios en sus ágiles naves vacías, que albergan los rufianes estrictamente necesarios para la empresa, acechan desde los golfos y radas, o en los playones de las cerca-



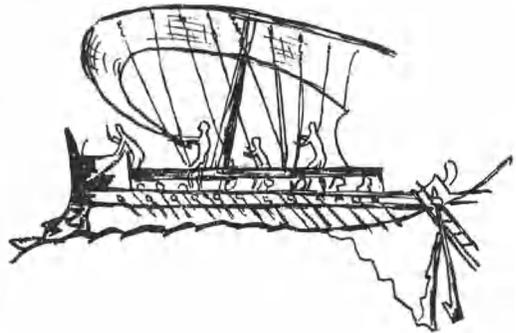
nas islas y, aprovechando su conocimiento de corrientes, bancos y vientos locales, pueden caer de improviso sobre los convoyes o barcos sueltos. Pero también atacan en tierra firme. Nadie está a salvo. Es verdad que los nidos más peligrosos y abundantes de filibusteros, con bases fortificadas, son las escarpadas sierras costeras del Asia Menor Meridional.

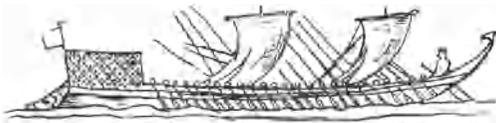
Las embarcaciones que emplean los corsarios son muchas veces fabricadas especialmente para el efecto. Algunas, por ejemplo, en las aguas del Cáucaso, se denominan **cámaras**, con capacidad para treinta hombres. Pero son como botes livianos que se pueden levantar con facilidad y ocultar en cuevas, o en los pantanos mientras los dueños hacen de las suyas en la costa. Muchas veces las naves de esos pícaros no son sino lo primero que roban o compran. El estilo de ellas depende de los diversos lugares de fabricación. Unas hay especiales usadas por ellos, tan útiles y prácticas que algunos gobiernos las aprovechan para el traba-

jo en los ríos y aún se popularizan en la flota romana. Constan de mástil, velas, y fila y media de remeros, pues la segunda fila superior es reducida para dejar campo a los que luchan.

Otras son las más veloces, como las que emplean los ligurios. Los habitantes de las Baleares espían desde las altas rocas, y en el instante oportuno asaltan los barcos extranjeros con sus flotillas. La ligereza con que pueden sacarse del agua y esconderse hace más difícil la tarea de acabar con la piratería. Porque a la menor alarma pueden ocultarlas o hundirlas en los esteros y golfos.

Cuando persiguen a los bucaneros los pesados barcos de guerra de las potencias marítimas, aquellos saben escapar fácilmente refugiándose en aguas bajas o en bancos de arena, o si los fuerzan a adentrarse en el mar salvan también sus lanchas con la habilidad y astucia de sus marinos. La agilidad de esos hombres y su conocimiento del arte de navegar son proverbiales en el mundo antiguo. Ellos saben que su seguridad y el éxito dependen íntegramente de esta ciencia y de la familiaridad de las playas don-



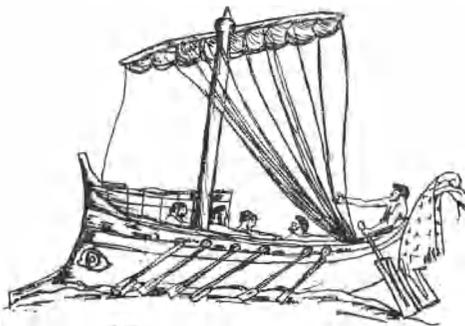


de operan. Corsarios sin experiencia fracasan.

En las guerras de los judíos contra Roma, en una ocasión varios refugiados se apoderan de Jope y del astillero. Con navíos al estilo pirata tratan de interceptar la ruta comercial de Siria y Fenicia a Egipto, y hacer imposible la navegación. Vespasiano envía tropas de infantería y caballería que toman de noche la ciudad desprevenida. Los habitantes acuden a los barcos y huyen. Una furiosa racha marina los desvía y barre de nuevo hacia la playa, donde chocan unos contra otros, se despedazan y son aniquilados en las rocas. El mar se enrojece con 4.200 cadáveres...

Circunstancias favorables

Hasta aquí nos hemos detenido casi en un solo aspecto de su actividad filibustera: los ataques a barcos, sus escondrijos y escapadas. Pero nos queda insistir en lo más siniestro de su



obra: las incursiones en las playas y el secuestro permanente de personas. Eso es lo que los hace más temibles. Efecto fatal en la vida del viejo Mediterráneo, sin seguridad: el espectro trágico de la esclavitud.

Las condiciones políticas y sociales favorecen el incremento de la piratería. En efecto: hacen falta brazos para las plantaciones y la agricultura en general, para la minería, las grandes obras públicas, los edificios privados, los caminos, y se necesitan remeros y toda clase de ayudas para los trabajos ordinarios que no sean propios de hombres libres. Para ese mundo antiguo, la solución son los esclavos.



Y, ¿dónde conseguirlos? Los prisioneros de guerra y el constante secuestro de seres humanos mantiene en buen provecho y asegura semejante institución. Fuera de que la venta y reventa produce jugosas ganancias a los que los negocian. Las infelices víctimas se venden en los mercados públicos, locales o internacionales, como el tristemente célebre de Delos, donde no se pregunta la procedencia de la mercancía...

Y si añadimos la complicidad de muchos estados que fomentan el robo de provisiones, el despojo de ciudades y de santuarios del enemigo, con el pretexto de la guerra, en que es la asamblea del pueblo reunido la que decide si el botín vale la pena o no...

Cuenta el historiador griego Tucídides que los habitantes de Mileto animan en cierta ocasión a los filibusteros del Peloponeso para que se oculten en el promontorio de Tropio a fin de interceptar los adversarios atenienses que regresan de Egipto!

Y si a esto añadimos el factor de desempleo de soldados mercenarios o de marineros en retiro, la falta de tierras propias, las continuas revoluciones políticas que dejan buen número de mercaderes en quiebra, tenemos los reclutas que a diario engrosan las filas de los bucaneros. A esto se agrega el cebo del botín que atrae a infinidad de aventureros de todas las clases sociales, sobre todo a los bastardos y segundones.

Así es como se aumentan las bandadas armadas y las flotillas que no sólo ponen en peligro el comercio, sino que a veces no dejan llegar los abastecimientos necesarios a las ciudades, tanto que ellos pueden manejar con frecuencia la política de un gobierno, ante el terror del hambre. Cierta vez los corsarios incendian íntegra la escuadra romana en el propio puerto de Ostia, el puerto de Roma, y se apoderan de los pretores y de la hija de un cónsul. Para los bucaneros el peligro tiene visos de empresa caballeresca. Es una manera de vivir que les ofrece el mar!

He ahí otro factor de importancia, que señala precisamente Aristóteles. Los medios de producción para sostenerse —dice el filósofo— sin necesidad de compraventa, son muchos: hay hombres, por ejemplo, que viven a ori-

llas de los lagos o de los ríos o del mar donde hay peces, y son pescadores; los hay que cazan las aves o los animales silvestres, y son cazadores; de la misma manera los hay que viven de la piratería. Solo que esta vez se cazan seres humanos atrapados como bestias para mayor seguridad.

Salteador, negrero y pirata

Una de las figuras más interesantes de la leyenda griega es Nauplio, cuya profesión es salteador, negrero y pirata. En realidad es uno de los famosos Argonautas. Pero en la guerra de Troya un hijo suyo —Palamedes— es condenado a muerte injusta. En venganza induce a sus otros hijos a dividir con falsos rumores a los jefes griegos que asedian la ciudad. Toma-



da y destruída Troya, regresan a su patria los combatientes. En la isla de Eubea él está al acecho. Al divisarlos cerca, una noche de tempestad, enciende Nauplio gigantescas hogueras sobre una roca. Los barcos se orientan por ellas, y se clavan en los tremendos escollos de ese paraje. Naufragan unos y se pierden, otros se ahogan, los demás perecen a manos del corsario.

En el mar roba y asalta, y cuando se quiere salir de niños o de mujeres

pícaras, se le entregan a él, que sabe cómo los elimina. Un tal Catreo, rey de Creta, entrega dos de sus hijas a Nauplio para que las venda en un país extranjero. El corsario se queda con la menor. Las otras hijas del tirano huyen, una mata por celos a otra, y más tarde muere el padre a manos de un hijo.

Y así cantidad de historias. Ulises cuando joven es enviado por su padre en una embajada a Mesenia con el fin de recobrar una deuda que ese pueblo le debe. Pues unos ladrones mesenios han entrado en la isla y se han llevado en los cóncavos navíos trescientas ovejas con todos los pastores.

Táctica bucanera

Las oportunidades para el secuestro de gente son aprovechadas conforme las vaya presentando la fortuna. Las más frecuentes son las tradicionales celebraciones religiosas, los festivales en el campo o en las playas, a las que suelen asistir solo mujeres o peregrinos inermes. Es lo más común en la antigüedad. Los corsarios sacan el mejor partido de las antorchas nocturnas de dichas festividades.

El historiador Herodoto refiere que los Pelasgos de Lemnos, muy bien informados acerca de una de estas solemnidades en honor de Artemis en Brauron, esperan sigilosamente a las damas atenienses que acuden, y se las llevan como concubinas. Plutarco cuenta una trampa de Solón a los habitantes de Megara. Viajando al cabo Colias halla a las mujeres muy enfiestadas, según costumbre, haciendo el sa-

crificio anual a la diosa Ceres. El ateniense envía callado un mensajero confidencial a Salamina. Esta es una isla, antes colonia de los atenienses, ahora en poder de los megarenses. El confidente se finge traidor a Atenas. Les da la noticia: que lo más granado del mundo femenino de su patria está en lo más fino de un festival religioso: si ellos quieren, es el momento de secuestrarlas en el cabo Colias. Al instante aquellos hombres suben a los navíos y acuden a la fácil presa. Llega el enemigo. Salta a tierra con avidez lujuriosa. Pero hay un desconcierto general. Solón había ordenado a las mujeres retirarse, y en su remplazo han quedado unos jóvenes imberbes, vestidos a la usanza de ellas, con sandalias y aderezos como ellas, pero bien armados de puñales. Las han visto de lejos en pleno regocijo, danzando junto a la playa. Así que en llegando los de Megara, se apoderan de los barcos esos mozos. Ni un solo enemigo escapa vivo. Y los atenienses recuperan la isla.

Una inscripción del siglo II antes de Cristo recuerda que en una incursión de los corsarios al territorio de Efe-so, numerosas personas son capturadas en el Santuario de la diosa. En cambio, a otros pobres refugiados de una batalla, los efesios los creen piratas que vienen a arrebatárles sus mujeres entretenidas en un festival, y los ataca la población entera, eliminando hasta el último.

Esta clase de equivocaciones es bastante común. El nerviosismo es explicable. Otro historiador antiguo cuen-

ta el caso de un hombre que desembarca en Rodas en busca de un hijo. Lo confunden con un pirata, y lo matan enseguida: "porque el ladrido de los perros no deja oír bien sus explicaciones!...

Muchos pueblos de las costas al ver de día aproximarse un navío, o al oír de noche ladrar los perros, esconden sus bienes y salen huyendo... Es que a veces los piratas —cuando se sienten fuertes— entran a los puertos atrevidamente, sin disfraz ninguno, y atacan los barcos allí anclados. En esos casos no se contentan con llevarse mujeres o pasajeros, ni andan con triquiñuelas.

Por eso precisamente las ciudades costeras se edifican a cierta distancia del litoral. Únicamente se construyen —fortificadas y amuralladas— en las orillas cuando se sienten pujantes, gracias al desarrollo comercial y a una poderosa fuerza naval. Muchas torres o ruinas de las viejas fortificaciones son testimonio todavía de esos duros tiempos.

Represalias y castigos

Cuando una víctima no puede rescatarse por las buenas, la piratería provoca tremendas represalias, con repartición del botín entre los vengadores, como indemnización. Porque también existen medidas violentas contra los bucaneros.

En la Atenas del siglo VIII antes de Cristo, sabemos de una organización de jóvenes cuyo oficio es apresar piratas. Una ley de Solón admite como válidos ciertos estatutos de so-

ciudades de piratería, que tienen por objeto tanto el pillaje en común como las represalias legales. En las islas Lípari, por su parte, existe una república de corsarios griegos que se enfrenta a los bucaneros etruscos, república que dura quinientos años, hasta la conquista romana. También Corinto, importante emporio de la península helénica, lucha enérgicamente contra la piratería. Mas, pese a las medidas de defensa y represión de las entonces grandes potencias marítimas —en el Egeo, el Ponto, el Adriático, Macedonia, Rodas— los filibusteros siguen pululando por doquiera.

De dos maneras se les hace frente: con la autodefensa de los particulares y en represalias privadas —como sería el caso de César, según referimos en el primer artículo—, y por medio de las Fuerzas Armadas del Estado. No es del caso explicar la antigua ley internacional que autoriza a cualquier persona el exterminar piratas sin declaración de guerra, y los consiguientes abusos de los particulares, porque esto nos llevaría muy lejos. Vamos más bien a ocuparnos de las determinaciones oficiales y de la lucha real de los estados contra la piratería.

Lo primero que se pretende es la mayor publicidad en los castigos. La ley romana (Digesto IX, 2, 28, 15) ordena que las penas de bandoleros y piratas se ejecuten públicamente en los mismos sitios donde han actuado, a fin de que los demás se aterroricen y no cometan crímenes semejantes.

Tal ejecución es un espectáculo halagador para los ojos de quienes te-

men a los corsarios. Marco Tulio Cicerón, el gran jurista y orador romano, insiste en uno de sus discursos en la desilusión que sufren los habitantes de Siracusa al verse privados por el gobernador Verres del "espectáculo encantador" de la ejecución de un archipirata!

Por su parte, cuando un bucanero de esos cae en manos de sus víctimas, poca compasión se tiene con él. Hay un caso famoso —hace apenas cuatro siglos— de un corsario turco que naufraga en Melos: tres horas enteras permanece la población tostado al infeliz sobre unas brasas...

Todos los pueblos antiguos establecen patrullas regulares de vigilancia, y luchan, se desangran, se defienden, atacan a esos villanos, pero nunca pueden acabar con ellos. Hasta que el genio militar y organizador de Roma pone manos a la obra.

El golpe mortal

Roma comienza por proteger sus propias costas contra los vecinos etruscos y griegos, y luego contra los cartagineses. Tratados comerciales con estos últimos limitan los territorios en que se prohíbe todo acto de piratería. Luego se dirige al norte, por la costa y al oeste para limpiar las Baleares a fin de asegurar las comunicaciones con España y el sur de las Galias (Francia). En el oriente de la Península italiana existe un nido feroz de bucaneros hacia el siglo III antes de Cristo. Roma se alía con las ciudades griegas costaneras, y en acción conjunta ataca, destruye las bases, pe-

ro sin llegar a exterminarlos. Cincuenta años más tarde —168 a. C.— la flota de Gentio, rey de Iliria, es confiscada y repartida entre los aliados.

Pero la República romana tiene que atender a muchos frentes. Luchas intestinas, colonizaciones, expansión, guerras prolongadas con Cartago, Macedonia, los bárbaros, Africa, y diversas derrotas y triunfos. La falta de potencias marítimas enemigas hace que Roma descuide el mantenimiento de una fuerza vigorosa en el mar, y no se preocupa por patrullar el Mediterráneo. Lo mismo acontece a los estados helenísticos. Lo cual da pie al renacimiento de la piratería que cunde ahora con más fuerza por todo el oriente marítimo.

Por fin va a actuar. En 143 a. C. Roma envía a Escipión Emiliano a Siria y Egipto. Esfuerzo inútil. Cuarenta años después el pretor Marco Antonio hace una expedición a Cilicia con una flota aliada griega, que obtiene algunas ventajas. Pero el rey Mitridates VI del Ponto y otros enemigos de Roma dan nuevo impulso a los corsarios. El cónsul Sila y sus lugartenientes hacen varias tentativas. Más de cien ciudades del Asia Menor son pilladas, saqueadas, incendiadas por los bucaneros de Mitridates, y recogen un inmenso botín. El comercio de todo el Mediterráneo queda interrumpido. Con dificultad llegan a Roma las provisiones alimenticias. Muchos romanos distinguidos y magistrados son secuestrados o muertos.

Los piratas, reforzándose por trásfugas, bandoleros, mercenarios de to-

dos los países, soldados de los ejércitos vencidos o rebeldes, forman una especie de organización militar y política muy firme, y se atrincheran en sus madrigueras rocosas en el sur del Asia Menor.

Ante esta situación los mercaderes romanos se quejan, reclaman al Senado, exigen enérgicas medidas. La acción de varios generales —entre los años 78 y 76 a. C.— logran una momentánea supresión de los filibusteros. Que aparecen de nuevo, más organizados, en la isla de Creta con flotas regulares de barcos de guerra, a los que se une Sertorio, general romano rebelde, mientras que por otro lado aparece Tigranes de Armenia, y Mitridates invade a Bitinia.

El año 74 a. C. el incompetente pretor Marco Antonio es encargado de una misión extraordinaria contra ellos, pero su escuadra insuficiente y mal equipada es destruída por los enemigos, y el pretor muere de desesperación por la derrota. Quinto Metelo poco después logra conquistar la isla, pero no impedir el auge de la piratería. Un corsario —Atenodoro— destruye el célebre santuario de Delos, y la flota del general romano Lúculo no puede hacer nada. Otros corsarios invaden, pillan, destruyen en todas partes, desafían, desembarcan en Italia descaradamente por un lado, por el otro, inclusive se atreven a sorprender y saquear y destruir la flota romana en el puerto de Ostia, a 20 Kms. de la Capital, y cortan e interrumpen toda comunicación comercial. Es un desafío de poder a poder.

El hombre del momento parece ser el joven general romano Cneo Pompeyo. Sin embargo, el Senado está temeroso de él por razones políticas, y no se atreve a conferirle muchos poderes. Mas la ocasión no espera. Y así, pese a la resistencia senatorial, el pueblo aprueba la Ley Gabinia del año 67 a. C. que concede a Pompeyo poderes extraordinarios, con autoridad ilimitada desde Gibraltar hasta el Cáucaso, y sobre las costas hasta 80 kms. en el interior del territorio. Poderes que él tendrá en sus manos durante tres años, con facultad para nombrar legados a su antojo, reclutar 120.000 soldados y marineros, 4.000 jinetes, equipar 500 barcos de guerra, disponer sin limitaciones de todos los recursos económicos de las provincias del Mediterráneo y de las naciones aliadas. Otra ley del año siguiente —la ley Manilia— extiende más y completa esos poderes sin miedo, encargándole la guerra del Oriente sin condiciones ni limitaciones tampoco. Y el Senado tiene que asentir.

Pompeyo (65 a. C.) divide sistemáticamente su campo de operaciones en trece circunscripciones. Comienza con energía por los piratas del Africa, Etruria, Sicilia y Cerdeña. Sincroniza los movimientos: deja a sus lugartenientes el cuidado de limpiar las costas de España y las Galias, mientras él va al Oriente. Allí en tres meses arrasa las fortificaciones corsarias de Cilicia y alrededores, por medio de una acción conjunta de la infantería, artillería y de la armada. En la primera

victoria incendia 1.000 barcos y coge prisioneros a 30.000 piratas.

A muchos de esos infelices que se han rendido les perdona la vida, les reparte nuevas tierras en los territorios interiores o los establece como colonos en varias de las ciudades que él mismo acaba de asolar. Y completa el triunfo formando escuadras de patrullas permanentes.

Desde entonces la piratería se reduce a fuerzas insignificantes, que no son una amenaza. Aunque el Mar Negro y el Rojo quedan todavía desprotegidos.

Y vuelven a la carga

Algunos brotes pasajeros en Chipre y en Egipto no van a ser sino pretexto para que Roma se apodere de esos países. Poco después de la batalla de Farsalia, en que Cneo Pompeyo es derrotado por Julio César en la guerra civil, un hijo del vencido organiza flotas de bucaneros para bloquear de nuevo las costas de Italia hasta que es derrotado en una defini-

tiva batalla. Pero vuelve con otros corsarios y vencido otra vez, huye al Asia Menor con intención de recuperarse, hasta que es capturado y ejecutado por un lugarteniente de los triunviros (35 a. C.).

En los dos siglos primeros de nuestra era es excepcional oír hablar de corsarios. En la III centuria torna la plaga a renacer, merced al desorden general y desorganización política y a las contiendas ambiciosas de los emperadores. Y así la piratería constituye una de las formas más poderosas de las futuras invasiones de los bárbaros.

Roma considera a los piratas como **enemigos del género humano**, y los trata como salteadores y bandoleros. Los magistrados los juzgan **extra ordinem**, en virtud de su propia autoridad. La sentencia **no tiene apelación**. Según la ley se les condena a ser decapitados, o echados a las fieras, o crucificados después del suplicio de la flagelación...